

Fascinación del océano

Memoria de las islas



Luis Frontera
Escritor y periodista.

“Estas memorias evocan el olvidado carácter naval de la patria y recuerdan vicisitudes y esperanzas de nuestros pueblos (del actual y del originario) víctimas del abandono y el desinterés.”

La construcción de un país excluyentemente agropecuario llevó a ignorar una costa de 940 mil km². Consecuencia directa del error fue que muchos imaginaron que el mar argentino es la pampa y que prefiriesen la supuesta solidez de la llanura a la fascinación del océano.

Tal vez por eso y para compensar es que vienen del mar estas memorias, que evocan el olvidado carácter naval de la patria, y que recuerdan vicisitudes y esperanzas de nuestros pueblos (del actual y de los originarios), víctimas del abandono y el desinterés.

Recuerdo que durante la guerra del Atlántico Sur, en Puerto Argentino, Andrés Fernández, conscripto clase 1961, nacido en Buenos Aires, cayó en un pozo de zorro. Congelado y hambriento, durmió muchas horas. Y en todos sus sueños estaba Nicola Colbert, la joven kelper que se empeñaba en lavarle la ropa y acercarle, a escondidas, algo para comer.

En el sueño estaban en una cama. Pero las únicas partes de sus cuerpos que se unían eran los pies, acariciándose como criaturas huérfanas y pálidas.

Tenían prohibido hablarse. Pero una vez llegaron a besarse.

Fue en aquella mañana en que los ingleses los arriaron y minutos antes que él viera a uno de sus jefes sacarse el uniforme para fingir que era un colimba y que no lo tomaran prisionero.

Nunca más vio a Nicola Colbert. Y la recuerda todos los días. Fue su primer amor. Y nació en medio del odio.

Esto suele contarme Andrés, en su casa de Río Gallegos, cebando mate, cuando vuelve de su trabajo en la Telefónica.

“Romeo, Julieta y las Malvinas”, le digo. Y pone la cara más afligida, no desmoralizada, de la Patagonia.

Siempre que pienso en nuestras islas del Sur los primeros en llegar son recuerdos de otras personas. Y es raro porque podría haber empezado, en cambio, evocando que estuve en Malvinas en 1979. Y que llegué en un avión de LADE, que tenía dos vuelos semanales a Puerto Argentino. Podría recapitular, también, que en Malvinas estaban YPF y Gas del Estado, y que los kelpers esperaban la eminente llegada del Automóvil Club Argentino.

Pero lo que más recuerdo es que, en Puerto Argentino, funcionaba una Comisión Consultiva Especial, a cargo de Eduardo Canosa, vicecomodoro de la Fuerza Aérea Argentina asentado en el lugar. Y recuerdo que todo pasaba por él en las islas: la atención de la salud, los alimentos frescos y el cemento.

Otro recuerdo es de octubre de 2009 y es algo que sucedió en Porvenir, en el Estrecho de Magallanes, frente a Punta Arenas, en la Tierra del Fuego chilena, bajo un frío

atroz. Aguardaba a que abriese un museo y estaba también un hombre de baja estatura, ancho de espaldas y cara redonda. “¿Está esperando, también?”, dije, por hablar. Y me contestó sonriendo: “Esperando amigo, porque a los indios siempre nos dicen vuelva mañana.”

Al rato estábamos en un boliche de ultramar, sobre la costa. Jarra de vino, pan y queso. Y hablamos rápido, porque se me iba el ferry a Punta Arenas. El hombre, mencionando a sus abuelos, me contó una historia cuya veracidad ratifican diversos autores:

En 1888 pasó por el estrecho un tal Maurice Maitre. Se llevó en su barco a varias familias kawésqar (alacalufes) y a sus niños. Y luego, en la Exposición Mundial de París de 1889, los expuso a todos en una jaula. Les tiraban carne cruda, galletitas y monedas y los mantenían sucios para excitar al público parisino.

El recuerdo de esta charla con el descendiente kawésqar, cuyos antepasados habitaban Tierra del Fuego cuatro mil años antes de que existiesen Chile y la Argentina, trae otra historia semejante.

En mayo de 1830, Robert Fitz Roy, al mando de la nave *Beagle*, tomó prisioneros a cuatro nativos yámanas. Y es famoso que a uno de ellos lo bautizaron Jemmy Buttom (porque le llamaban la atención los botones dorados de los marinos).

Puede decirse que Fitz Roy fue el secuestrador oficial de su Majestad. Porque llevó los fueguinos a Londres, en donde Jemmy aprendió a hablar algo de inglés, conoció palacios y vio las lunas raquílicas de Europa (no hay lunas como las lunas antárticas del sur patagónico).

Regresaron dos años después, cuan-

do la primavera pintaba la selva valdiviana con anémonas azules. Dicen que Jemmy Buttton, al ver cómo vivían sus hermanos, le dijo a su joven acompañante, Charles Darwin, la siguiente frase: “Parecen monos.”

Las palabras calaron en el joven naturalista y fue así que Jemmy contribuyó de manera importante para el desarrollo de una de las teorías científicas más famosas de Occidente.

Recuerdo también haber viajado, en 2002, rumbo al Cabo de Hornos, con Andrés Camacho, fotógrafo de Ushuaia (23 años antes, la Argentina y Chile habían estado al borde de una guerra por el Canal Beagle y las islas Nueva, Lennox y Picton).

Pero lo impresionante fue que, antes de la partida, pedimos datos y fotos de las islas. Y nada. Porque en las islas no había nadie. Y ni militares, ni diplomáticos, ni empresas de turismo tenían nada sobre ellas (al menos para la prensa). Ni los políticos ni la población argentina sabían con claridad dónde quedaban ni qué había en esas islas. Y eran muy pocos, además, los que sabían exactamente dónde quedaba el Canal Beagle (y no “del Beagle”, como querría Fitz Roy).

Ibamos a morir y a matar, por unas islas que pocos conocían.

Ya en el viaje nos acercamos a la Isla Picton. Y divisamos dos viviendas de madera. Un hombre nos saludaba desde el atracadero. Y charlamos brevemente, él en el muelle y nosotros en el barco.

“Aquí no hay nadie más” dijo, y agregó: “Una vez, en 1971, creó, vinieron unos caballeros, dijeron que eran de la Corte Internacional de La Haya y me preguntaron dónde nací. Soy chileno, les dije”.

Y fue así, nuevamente, como la palabra de un hombre sencillo, inclinó la balanza y ayudó a resolver una cuestión que la guerra sólo hubiese empeorado para siempre.

Quiero recordar, finalmente, la más bella de las islas.

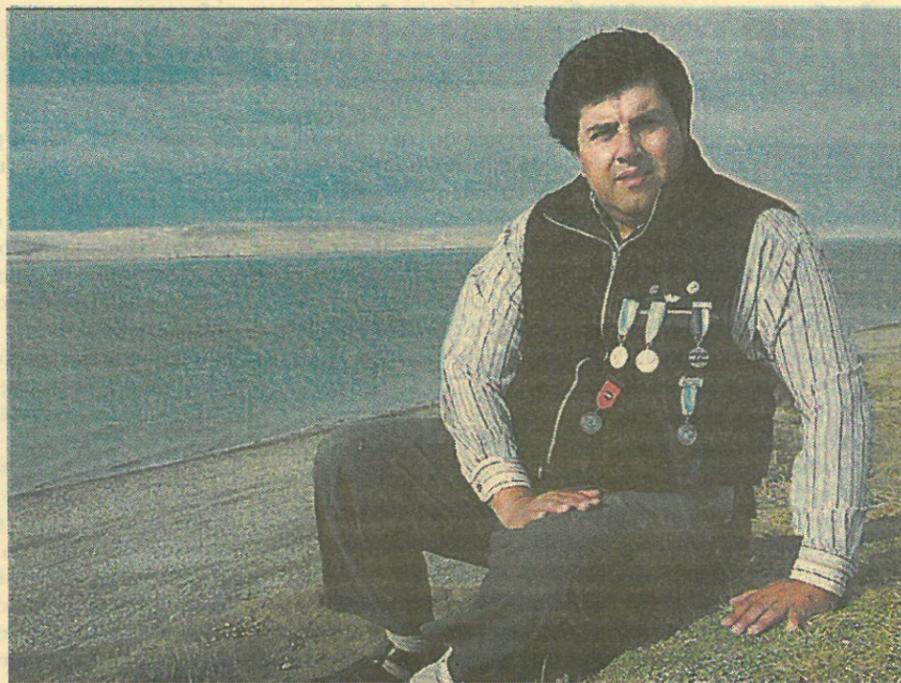
Queda frente a Tierra del Fuego, cruzando el Estrecho de Le Maire y es argentina. Y es nuestro único territorio insular del Atlántico Sur, cuya soberanía no resulta cuestionada por ningún otro país (y debo agradecer que llegué hasta ella, en diciembre de 2000, gracias al *Francisco de Gurruchaga*, un barco de la Marina de Guerra Argentina).

Fitz Roy fue el secuestrador oficial de su Majestad. Porque llevó los fueguinos a Londres, en donde Jemmy aprendió a hablar algo de inglés.

La Isla de los Estados mide 65 km de largo, 16 km en la parte más ancha y 500 metros en la más angosta. Tiene 120 lagos de agua dulce, bosques, fiordos y cientos de ciervos colorados.

Pero en ella, a pesar de que es absolutamente argentina, y tal vez por eso, tampoco hay demasiado, sólo un pequeño destacamento naval en Puerto Parry.

Se trata, sin duda, de otra contradicción del país que se empeña en no navegar seriamente, que no tiene una extensa literatura marinera (salvo excepciones) y que ha logrado, tristemente, que sus marinos más famosos del Siglo XX, en vez de grandes navegantes, sean Rojas, Massera y Astiz. ■



Amor en el odio - Andrés Fernández, conscripto clase 61, combatió en la Guerra del Atlántico Sur, donde fue tomado prisionero.

